

HISTORIA DE UN MONUMENTO: EL TEMPLO MAYA DE ISLA MUJERES

Guillermo GOÑI

Dirección de Salvamento Arqueológico del INAH

Entre julio y agosto del año de 1990 se restauró un edificio prehispánico ubicado en el extremo sur de Isla Mujeres, Quintana Roo, conocido popularmente como el Templo de Ixchel (figura 1).

Se trata de un edificio del llamado estilo "Costa Oriental", típico de las construcciones prehispánicas del Posclásico Tardío en la costa este de la península de Yucatán, construidas entre los siglos XIV y XVI, es decir el último momento de desarrollo cultural mesoamericano independiente, poco antes de la llegada de los conquistadores europeos.

El edificio, un templo de regulares dimensiones, se encuentra en el extremo sur de la isla, casi en el borde de ésta; su fachada mira hacia el sur, en dirección al Mar Caribe. El terreno sobre el que fue construido, un risco de roca caliza de unos 30 metros de altura, rodeado por el mar en tres de sus lados (figura 2), ha vivido procesos erosivos muy intensos que modificaron no sólo su apariencia sino incluso su tamaño y han puesto en peligro su estabilidad. La punta de la isla es una masa de roca caliza muy expuesta a la fuerza del viento, de la lluvia y del mar, y con frecuencia a las tres al mismo tiempo, en la forma de tormentas tropicales y huracanes; por ello su superficie se ha ido reduciendo considerablemente. La erosión que socava constantemente la pared del risco ha formado una especie de "pretíl" que se desploma al mar de tiempo en tiempo (fotografías 10 y 12).

Este proceso ha provocado que la pérdida de terreno en la punta sur de la isla haya llegado a tal grado que ya no se conserva siquiera el área que ocupaba todo el templo. El costado este, tanto del templo como de la plataforma que le servía de base, se perdió por completo hace por lo menos 150 años. La descripción de Stephens (1963, vol. II: 284-286), quien visitó el edificio en 1842, y la litografía de Catherwood de la misma fecha (figura 4) ya lo muestran así.

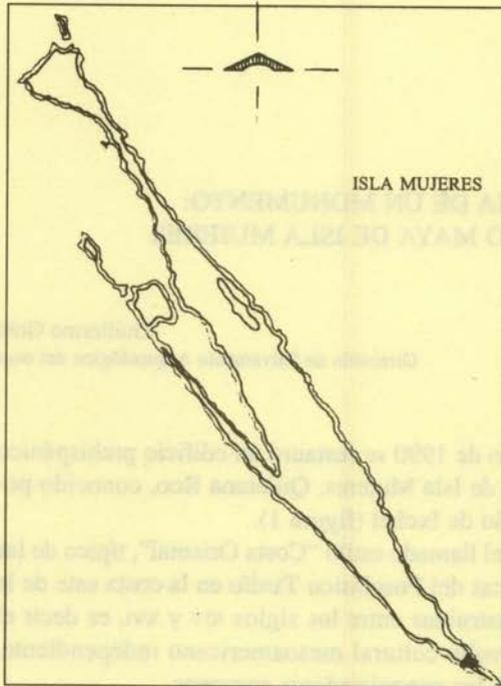
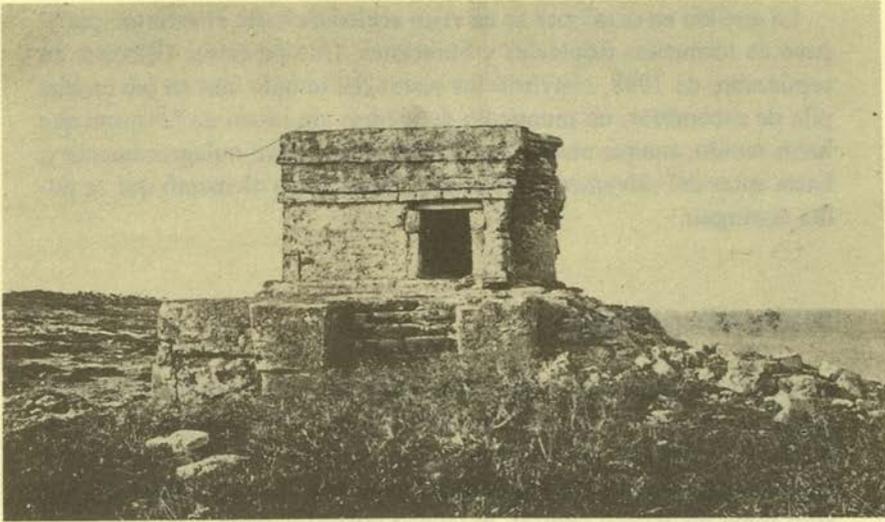


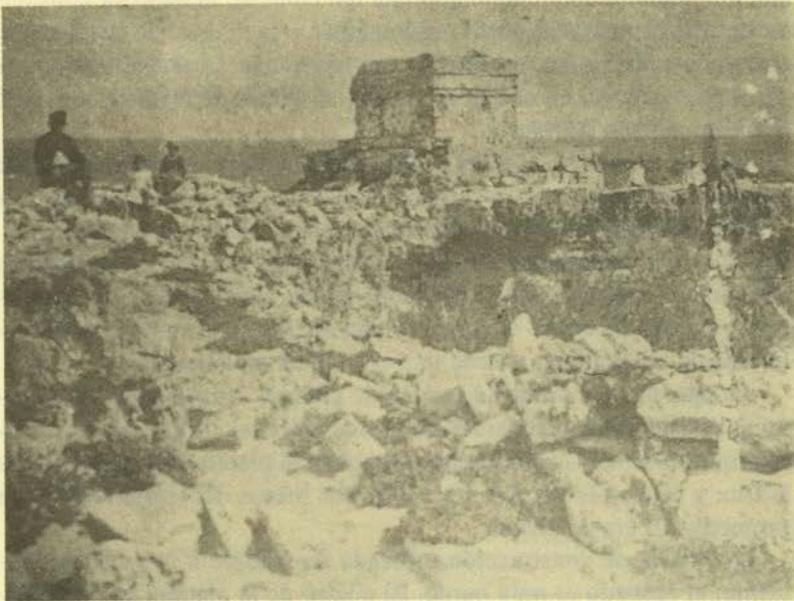
Figura 1. Ubicación del templo



Figura 2. Plaza de conjunto



Fotografía 1. William H. Holmes, 1895



Fotografía 2. Teoberto Maler. Primera década del siglo xx

La erosión en ocasiones se ha visto acelerada hasta el extremo por el paso de tormentas tropicales y huracanes. Uno de éstos: Gilberto, en septiembre de 1988, convirtió los restos del templo aún en pie en una pila de escombros, un montículo de piedras sin rastro de la forma que había tenido, aunque una de las alfardas se conservó milagrosamente y, hasta antes del salvamento efectuado, era el único elemento que se podía distinguir.

Descripción del templo

El aspecto original del templo era el que se puede observar, de manera simplificada, en la reconstrucción que se presenta en la figura 3. Se trata de un templo de planta rectangular, en cuyo interior existían dos cuartos dispuestos de manera perpendicular al acceso. El cuarto anterior sólo tenía un acceso central; el cuarto posterior tenía tres: uno en el mismo eje central, los otros dos a ambos extremos. Al centro, recargado en el muro trasero del cuarto posterior, se encontraba un altar. Los muros exteriores del templo eran sencillos; sus únicos adornos eran un par de molduras en el tercio superior del edificio: la superior constaba de un solo elemento de perfil cuadrangular, y la inferior de dos elementos: uno cuadrangular, encima de otro triangular. La fachada mostraba un acceso central, en el que destacaba un dintel de madera, remetido respecto al paño del muro.

Todo el templo se asentaba sobre una plataforma cuadrangular, de paredes verticales, con escalinata y alfardas en el costado sur. Las alfardas son especialmente importantes, en este caso por su gran tamaño. Para una plataforma de esas dimensiones, a la que daban acceso sólo cinco escalones, se construyeron sendas alfardas de 1.70 m de altura y 1.10 m de ancho (figura 13) que, en contraste con el tamaño reducido de la escalinata, tienen una apariencia monumental.

Aunque no se trata de un templo de grandes dimensiones, su tamaño es considerable comparado con otros edificios de esa época y estilo arquitectónico. Cuando estaba completa la plataforma medía 10 x 9 x 2 m; y el templo 8.5 x 4.5 x 3.3 m. Los muros del templo tenían en promedio 70 cm de ancho.

La técnica de construcción utilizada fue simple a la vez que deficiente; el acabado es muy burdo. El núcleo de la plataforma fue construido con piedras y tierra; se delimitó con una franja perimetral de mampostería de piedras con mortero de cal y sascab; la parte exterior

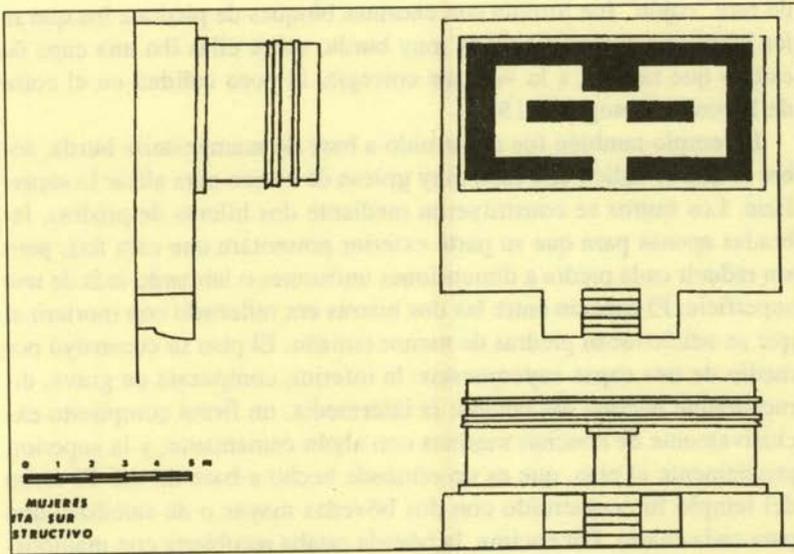


Figura 3. Planta y alzados. Reconstrucción

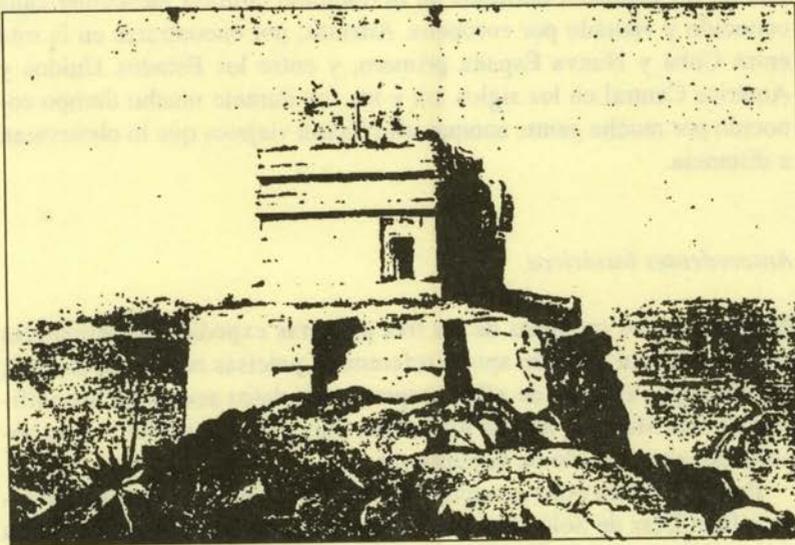


Figura 4. Litografía de Catherwood (1842)

de este "cajón" fue forrada con enormes bloques de piedra a los que se les labró una superficie plana muy burda; sobre ellas iba una capa de estuco que tapaba, a la vez que corregía, la poca calidad en el corte de la piedra (fotografía 19).

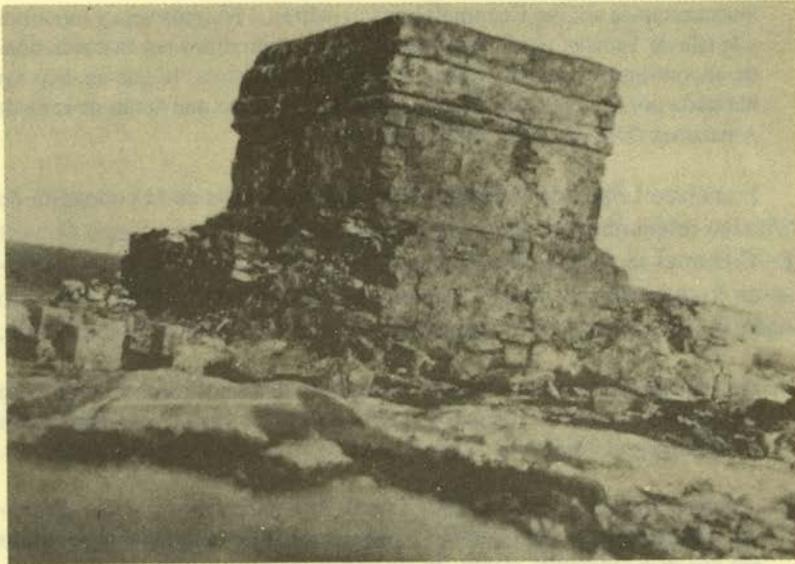
El templo también fue construido a base de mampostería burda, sobre la que se aplicó una capa muy gruesa de estuco para alisar la superficie. Los muros se construyeron mediante dos hileras de piedras, labradas apenas para que su parte exterior presentara una cara lisa, pero sin reducir cada piedra a dimensiones uniformes o labrando más de una superficie. El espacio entre las dos hileras era rellenado con mortero al que se adicionaban piedras de menor tamaño. El piso se construyó por medio de tres capas superpuestas: la inferior, compuesta de grava, directamente encima del núcleo; la intermedia, un firme compuesto exclusivamente de conchas marinas con algún cementante; y la superior, propiamente el piso, que es un estucado hecho a base de cal. El techo del templo fue construido con dos bóvedas mayas o de saledizo, una para cada cuarto. Por encima, la bóveda estaba recubierta con mampostería coronada con una capa de conchas cementadas (figura 9).

El templo no es un caso extraordinario por su calidad de construcción, por su estética o por sus dimensiones; sin embargo, por su ubicación en la punta sur, en la parte más alta de toda la isla, fue sin duda uno de los primeros edificios de la tradición cultural mesoamericana conocido y visitado por europeos. Además, por encontrarse en la ruta entre Cuba y Nueva España primero, y entre los Estados Unidos y América Central en los siglos XIX y XX, fue durante mucho tiempo conocido por mucha gente, aunque sólo fueran viajeros que lo observaran a distancia.

Antecedentes históricos

Ninguno de los cronistas de las tres primeras expediciones españolas que pasaron por Yucatán aporta referencias precisas acerca del templo; sin embargo, algunos de ellos proporcionan datos acerca de los edificios de Isla Mujeres, uno de los cuales, muy probablemente el más importante, es el templo de la punta sur.

En una crónica poco conocida del viaje de Juan de Grijalva, atribuida a Juan Díaz de Solís, hay una referencia poco precisa, pero con una carga de fantasía y de tradición notables, pues ahí se origina el nombre de la isla; dice así:



Fotografía 3. Thomas W. Gann, 1924



Fotografía 4. Alberto Ruz, 1957

Permanecimos allí (en Cozumel) hasta el miércoles, é hicimos vela y tornamos a la isla de Yucatan por la banda del Norte; y anduvimos por la costa, donde encontramos una muy hermosa torre en una punta, la que se dice ser habitada por mujeres que viven sin hombres; creese que serán de raza de Amazonas (Díaz de Solís, 1979, t. II: 47).

Francisco López de Gómara en su crónica acerca de la conquista de México relata que los barcos de la expedición de Cortés, luego de salir de Cozumel se separaron por el mal tiempo y algunos fueron a reunirse en lo que también llama "la punta de las Mujeres". Sobre este sitio hace apenas referencia en dos ocasiones que se anotan a continuación:

De Acuzamil fue la flota a tomar la costa de Yucatán, adonde está la punta de las Mujeres, con buen tiempo, y surgió allí Cortés para ver la disposición de la tierra y el aspecto de la gente. Mas no le agradó (Gómara, 1985: 29).

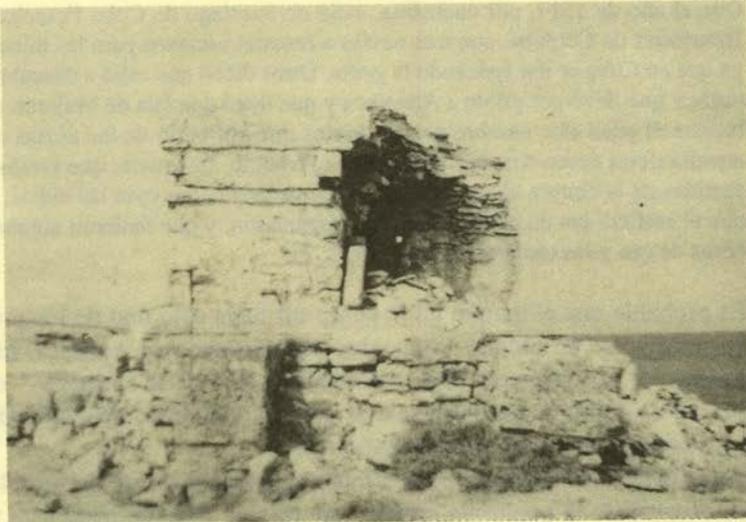
... pasó a Yucatán y se fue pegado a tierra para buscar el navío que le faltaba, y cuando llegó a la punta de las Mujeres calmó el tiempo, y se estuvo allí dos días esperando viento, en los cuales tomaron sal, pues allí hay muchas salinas, y un tiburón con anzuelo y lazos (Gómara, 1985: 33).

Sobre este mismo suceso, la versión de Bernal Díaz es la siguiente:

Y luego fue acordado de volver a buscarle (el barco perdido) con toda la armada, y en aquella bahía donde había dicho el piloto lo hallamos anclado, de lo que todos hubimos placer. Y estuvimos allí un día, y echamos dos bateles en el agua, y saltó en tierra el piloto y un capitán que se decía Francisco de Lugo, y había por allí unas estancias donde tenían maizales y hacían sal, y tenían cuatro cúes, que son casas de ídolos, y en ellos muchas figuras y todas las más de mujeres, y eran altas de cuerpo; y se puso nombre a aquella tierra la Punta de las Mujeres (Díaz del Castillo, 1974: 48).

¿Por qué estos tres cronistas le llaman Punta de las Mujeres en lugar de isla? No lo sabemos. No hay razón para suponer que no se dieron cuenta de que se trataba de una isla, viajando, como lo hacían, por mar; sin embargo es difícil que se refieran a otro punto de la costa, ya que la isla se conoce con ese nombre, como se verá después, por lo menos desde mediados del siglo XVI.

Fray Diego de Landa, en su *Relación de las cosas de Yucatán*, hace mención expresa del descubrimiento de la isla por la primera expedición que salió de Cuba, y también de la razón por la que se le dio el nombre de Isla de Mujeres.



Fotografía 5. Alberto Ruz, 1957



Fotografía 6. En W. C. Ward, A. E. Weidie y W. Back, 1985

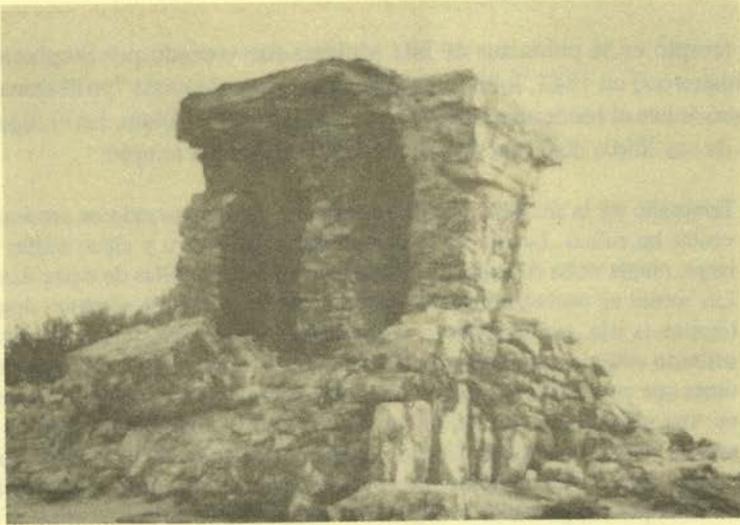
Que el año de 1517, por cuaresma, salió de Santiago de Cuba Francisco Hernández de Córdoba, con tres navíos a rescatar esclavos para las minas, ya que en Cuba se iba apocando la gente. Otros dicen que salió a descubrir tierra y que llevó por piloto a Alaminos y que llegó a la Isla de Mujeres, (a la) que él puso este nombre por los ídolos que allí halló de las diosas de aquella tierra como Aixchel, Ixchebeliax, Ixbunic, Ixbunieta, que estaban vestidas de la cintura abajo y cubiertos los pechos como usan las indias; y que el edificio era de piedra, de que se espantaron, y que hallaron algunas cosas de oro y las tomaron (Landa, 1978: 7).

Es probable que el templo de la punta sur haya sido uno de los primeros edificios “de piedra” conocidos por europeos en América, inexistentes en las primeras islas colonizadas, de ahí su “espanto” o, mejor, su asombro al encontrarse con grupos de cultura más elevada que los conocidos por ellos hasta entonces.

Para finales del siglo XVI la isla había corrido la suerte de toda la costa oriental de la península durante ese primer siglo de conquista y colonización; su población había muerto o había sido forzada a emigrar, sus edificios se encontraban desiertos y sus recursos abandonados. Juan de Cárdenas, encomendero de Tekom y Ecab —Isla Mujeres formaba parte de la jurisdicción de esta última población—, en 1579, incluyó en su respuesta al cuestionario del rey Felipe II, ahora conocido como las *Relaciones geográficas*, el siguiente párrafo:

Está de este pueblo (Ecab) una isla que llaman la Isla de Mujeres ocho leguas de él hacia el sureste, y es una isla pequeña que tiene tres leguas de contorno; en ella no hay población, aunque antiguamente parece estaba poblada la dicha isla, porque en ella hay algunos edificios antiguos; en esta Isla de Mujeres hay dos salinas, las cuales se han perdido por causa de no beneficiarse (Relación de Tekom y Ecab, en *Relaciones histórico-geográficas de la gobernación de Yucatán*, 1983, tomo II: 231).

No hay noticias precisas acerca de la isla para los siguientes dos siglos y medio correspondientes a la época colonial; sin embargo, se puede conjeturar que su ubicación en el extremo más oriental de la península, lejos, muy lejos, de cualquier población, y su carencia de potencial minero o siquiera agrícola, hicieron que su repoblamiento fuera muy lento; quienes allí se asentaron fueron refugiados que huían de la opresión del sistema colonial o, según la tradición popular, piratas que se escondían algún tiempo después de atacar y robar embarcaciones. Con ellos, entre los siglos XVII y XIX, Isla Mujeres poco a poco integró una pequeña y sencilla comunidad de gente dedicada a la pesca.



Fotografía 7. Principios de la década de 1980. Constantino Caudana



Fotografía 8. Principios de la década de 1980. Folleto turístico

Antecedentes arqueológicos

El templo en la punta sur de Isla Mujeres fue visitado por Stephens y Catherwood en 1842. John L. Stephens, el primer mayista “profesional”, visitó la isla al hacer una escala en su viaje por mar a Tulum. En el segundo de sus libros dejó una descripción de la isla y del templo:

Temprano en la mañana, con la guía de dos de los pescadores salimos a visitar las ruinas. La isla de Mujeres tiene entre cuatro y cinco millas de largo, media milla de ancho, y se encuentra a cuatro millas de tierra firme. Las ruinas se encontraban en la punta norte (*sic*) [...]. En el punto donde termina la isla, manteniéndose audazmente sobre el mar, se encontraba el solitario edificio representado en la lámina XLIX [figura 4] [...]. Los escalones que conducían al edificio están bien conservados, y al pie se encuentra una plataforma, con las ruinas de un altar. El frente, a un lado de la puerta, se ha derrumbado. Cuando estaba completo midió veintiocho pies, y tiene quince pies de fondo. En el techo hay una cruz, probablemente levantada por los pescadores. El interior está dividido en dos pasillos, y en la pared del que se encuentra al frente se hallan tres pequeñas puertas que conducen al pasillo interior. El techo tiene el arco triangular, se puede reconocer la mano de los constructores de tierra firme [...]. A unos cientos de pies de distancia se encontraba otro edificio cuadrangular de catorce pies por lado, con cuatro puertas, escalones en tres de sus lados, arruinado, y casi inaccesible debido a lo denso de los cactus y arbustos espinosos que crecen a su alrededor (Stephens, 1963, vol. II: 284-286).

Catherwood realizó una hermosa litografía de los restos del templo (figura 4), en la que es posible reconocer que el templo ya no estaba completo. La puerta de la fachada se encontraba intacta, conservando el dintel y las jambas, pero todo el costado del este ya se había perdido. Catherwood recalca la ubicación del templo en la punta de la isla dibujándolo prácticamente sobre el risco, con los muros de la plataforma de una altura desmedida. En su grabado reproduce con precisión los cinco peldaños de la escalera y ambas alfardas.

Según Augustus Le Plongeon (en Salisbury, 1879: 33) Stephens dejó inscrito su nombre, junto con la fecha 1842, en el dintel de madera de la puerta principal del templo.

Augustus Le Plongeon y su esposa Alice visitaron el templo el 3 de diciembre de 1876. Ambos dejaron sus impresiones por escrito. Aunque Augustus Le Plongeon pretendía ser un científico, sus escritos, y los de su esposa Alice, pertenecen más bien al género de los anecdotarios de viaje, y a la fantasía, que al de los informes científicos; describe así

su visita a Isla Mujeres, que cito extensamente por ser una publicación de difícil consulta y por los datos que contiene acerca de otras construcciones prehispánicas cercanas.

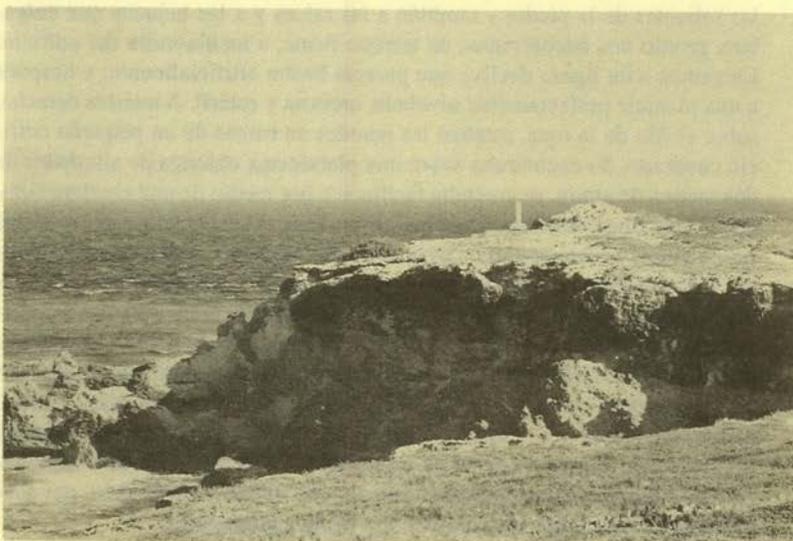
El 3 de diciembre contraté a Don Ambrosio Aguilar y su bote para visitar las ruinas en el extremo sur de la isla. Después del desayuno dejamos a Dolores en compañía de un caballero de Campeche que había llegado unos días antes. La gente nos miró salir con ojos suspicaces. Todos eramos extranjeros yendo a visitar un lugar que a nadie le importaba, y donde los piratas solían tener un mirador. No podía haber duda de que íbamos en busca del tesoro que se decía ahí existía enterrado; y una hora después de nuestro arribo a las ruinas no carecíamos de visitantes, y de gente que llegó repentinamente a observar nuestros movimientos.

Un poco más de una hora de agradable navegación a lo largo de la costa este de la isla nos tomó llegar frente a las ruinas, que aparecieron sobre nuestras cabezas en la mera orilla de un precipicio. El edificio completo parecía a punto de caer al mar y de aplastarnos bajo sus restos. No pudimos encontrar lugar para descender. El mar estaba rompiendo con fuerza sobre las rocas coralinas; de manera que fuimos obligados a volver hasta encontrar un lugar adecuado. Pronto dimos con un pequeño rincón donde el agua estaba calmada, y el bote podía ser anclado seguramente a un lado del arrecife de coral, pero la roca era alta y perpendicular. Había un pequeño espacio de playa con arena blanca donde podríamos desembarcar fácilmente. Nos decidimos a tratar de ascender esta pared natural de piedra. Sujetándonos a las salientes de la piedra y también a las raíces y a los bejucos que colgaban, pronto nos encontramos en terreno firme, a media milla del edificio. Llegamos a un ligero declive que parecía hecho artificialmente, y después a una planicie perfectamente nivelada, arenosa y estéril. A nuestra derecha, sobre el filo de la roca, estaban las paredes en ruinas de un pequeño edificio cuadrado. Se encontraba sobre una plataforma oblonga de alrededor de dos metros de altura, se ascendía fácilmente por medio de una escalera compuesta por cinco escalones en el lado Este. Todo estaba enteramente cubierto por la planta cactus opuntia, cuyas hojas puntiagudas impedían aproximarse. Del otro lado, al este del promontorio, también junto al precipicio, están los restos de otra estructura, completamente destruida. Sólo quedan piedras de los cimientos de las paredes. Fui informado que en 1847 las paredes se encontraban completas, pero fueron demolidas por gente que inmigró en ese tiempo para obtener materiales para la construcción de sus casas. Actualmente tienen que ir a Nisucté (Cancún), probablemente el antiguo Ekab de los cronistas, una gran ciudad en ruinas en la tierra firme frente a Mujeres, para procurarse piedras labradas. Van ahí con miedo y temblando, por si se encuentran con indios de Tulum y son hechos prisioneros.

A unos cien metros de estas ruinas, yendo al sur, se encuentra el templo, sobre la parte más estrecha del promontorio. A ambos lados la roca



Fotografía 9. Principios de la década de 1980. Revista *Islander*, mayo de 1990



Fotografía 10. Panorámica de la punta sur

ha cedido al incesante poder desintegrador de las olas, y ha caído al mar, llevando en su caída el costado Este de la plataforma, y la pared del edificio.

Es una estructura tosca, oblonga, originalmente medía 5.95 m por 5.25 m, y 3 m de altura. Mira casi al sur, y se encuentra sobre una plataforma de 2 m de altura por 9.25 m de norte a sur, y 8.55 m de este a oeste.

[...]

Las paredes exteriores miden exactamente 90 cm de ancho, la interior o la que divide el santuario del cuarto del frente 70 cm. El techo está formado por un arco triangular. El santuario (se refiere al cuarto posterior) mide 4.95 m de largo y 1.15 m de ancho; el cuarto del frente tiene el mismo largo y es un poco más ancho 1.35 m.

[...]

Se entra al edificio por una sola puerta, 1.15 m. de ancho y 1.50 m de altura, [que] mira hacia el sur. Dos puertas conducen del cuarto del frente al santuario. La que se encuentra frente a la puerta exterior es de exactamente las mismas dimensiones; mientras que la de la izquierda es algo más angosta, 95 cm de ancho.

Los dinteles de estas puertas son vigas redondeadas de zapote, de unos 15 cm de diámetro.

Los de las puertas interiores están literalmente cubiertos por los nombres de aquellos que han visitado el lugar en diferentes épocas.

En el cuarto interior, justo frente a la puerta de entrada y a la correspondiente del interior, se encuentra el altar. Es de mampostería y tiene 1.45 m de largo por 65 cm de ancho y 50 cm de altura.

Fue en este altar donde los aventureros españoles encontraron las imágenes de los ídolos femeninos que fueron destruidos por su fanático capellán, quien reemplazó los ídolos Mayas por la imagen de la Virgen María y celebró misa.

Al entrar al edificio, en el lado izquierdo, se puede ver una excavación de unas dieciocho pulgadas de diámetro, hecha en el piso por un tal Dr. Fábregas, que vino en años anteriores en busca del tesoro. Desde mi corazón le agradecí haber abierto este agujero y haberme ahorrado el problema. A pesar de que no tiene más de dos pies de profundidad me ofreció una buena oportunidad para estudiar la construcción de la plataforma. Encontré que se trata de un cercamiento oblongo rodeado de paredes masivas de fuerte mampostería [de] 75 cm de ancho y 2.50 m de alto, relleno con piedras sueltas cuidadosamente apiladas una sobre otra [...]. El piso del cuarto está hecho de concreto. Aún hoy en día los pisos de concreto son los más generalmente usados en Yucatán. El edificio, rodeado en su base por un contrafuerte 30 cm de ancho y 60 cm de alto (se refiere al zócalo sobre el que se asentaba el templo), que sirvió el doble propósito de reforzar las paredes del edificio, y ofrecer un asiento cómodo a los ministros o a los peregrinos, no ocupa el centro de la plataforma; está dispuesto de manera que

deja un espacio de 3.10 m en el frente, entre el contrafuerte y el principio de la plataforma y sólo 30 cm en la parte de atrás.

Una escalera 2.05 m de ancho, compuesta por cinco escalones, cada uno de 1 m de profundidad, y encajonado entre pilares masivos de 1.15 m de ancho y 1.75 m de largo por dos metros de alto sirviendo en lugar de alfaridas, conducen a lo alto de la plataforma. A cuatro metros del pie de esa escalera y frente a la entrada del templo se encontraba otro altar del mismo tamaño y construcción que el que se encuentra dentro del santuario. Fue al pie de este altar, en su lado sur, que desenterré el precioso espécimen de arte cerámico que considero es la cabeza de una sacerdotiza, por su peinado. También puede ser una de las imágenes de la diosa, hecha a semejanza de una de sus devotas (en Salisbury, 1879: 40-44).

Le Plongeon elaboró, además de la detallada descripción anterior, un par de dibujos: el primero es una representación esquemática en planta de la punta sur de la isla, con la ubicación relativa de los diversos restos arqueológicos a los que hace referencia (figura 5); y el segundo es una planta del templo, donde registra la pérdida del costado este y la peligrosa cercanía del risco a ambos lados del templo (figura 6). En 1876 aún se conservaba más de la mitad del templo, según el plano de Le Plongeon prácticamente lo único que se había perdido era el muro este del edificio.

La esposa de Le Plongeon, Alice, escribió un libro de viaje donde también hace el recuento, aunque más breve, de su visita a Isla Mujeres.

En el extremo sur de la Isla, en un promontorio estrecho, existe un antiguo templo, construido con piedra bien labrada, abandonado desde el momento de la conquista. A él, en épocas ya idas, llegaban peregrinos de cerca y de lejos a depositar ofrendas en el altar. Estas consistían principalmente de figuras de cerámica representando el cuerpo humano o partes de él; fragmentos de ellas se encuentran en la arena todo alrededor. Nosotros fuimos lo suficientemente afortunados para desenterrar una cara perfecta; la de una mujer, y un par de pies con sandalias.

El templo se encuentra sobre una plataforma de 2 metros de altura, y él mismo tiene 3 metros de altura con un frente de 6 metros. La puerta mira al sur, y las paredes tienen casi tres pies de ancho. El interior estaba dividido en dos cuartos, el altar se encuentra en el más pequeño.

Los dinteles de la puerta son de madera de zapote [...]. En el piso del cuarto más grande había un gran agujero que fue hecho por alguien que buscaba cierto tesoro. La elevación sobre la que se encuentra el templo es un sitio solitario y romántico, su base rodeada de despeñaderos contra los cuales las olas rugientes constantemente arrojan su blanca espuma. A am-

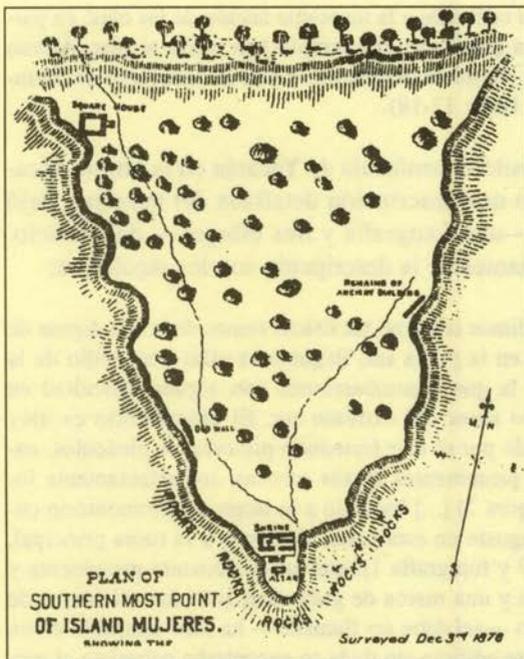


Figura 5. Planta de la punta sur de la isla según Le Plongeon (1876).

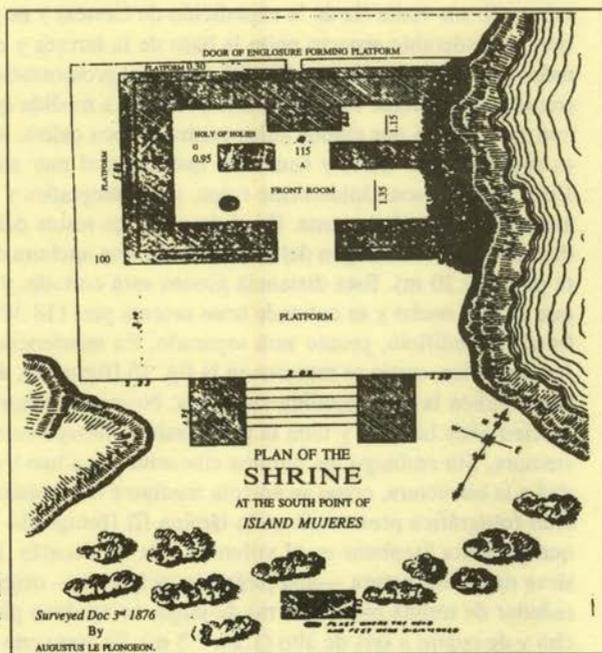


Figura 6. Planta del templo según Le Plongeon (1876)

bos lados las rocas están cediendo a la incesante acción de las olas; ya parte de la plataforma, y la pared este del templo han caído al mar. Átomo por átomo, la estructura completa desaparecerá con el transcurso del tiempo (Alice Le Plongeon, 1889: 17-18).

William H. Holmes visitó la península de Yucatán en la última década del siglo pasado, hizo una descripción detallada del templo y dejó documentación gráfica —una fotografía y tres dibujos— del edificio. Los aspectos más importantes de la descripción son los siguientes:

En la medida en que pudimos conocer, las únicas ruinas de la isla dignas de mención se encuentran en la punta sur, llegamos a ellas por medio de la lancha de gasolina, de la que desembarcamos con alguna dificultad en la playa rocosa un poco antes del extremo sur. El promontorio es muy abrupto y está desgastado por el mar formando pintorescos pináculos, cavernas, arcos, toscas y prominentes masas rocosas, imperfectamente indicadas en la fig. 13 [figura 7] [...] Pasando a lo largo del promontorio cubierto de pasto, muy angosto en esta parte, llegamos a la ruina principal, fig. 13 y Pl. III [figura 7 y fotografía 1], que es un elemento prominente y sorprendente del paisaje y una marca de gran valor para los marineros de estos mares. Este templo —así debe ser llamado— ha sido destruído en un tercio por el mar [...] Este edificio sin duda se encontraba completo al momento de esa visita (la de la expedición de Cortés) y es probable que existiera considerable espacio entre la base de la terraza y el risco del mar en todos sus lados. La destrucción del punto del promontorio parece estar ocurriendo rápidamente en el momento presente, a medida que las olas rompen con gran fuerza por ambos lados contra la roca caliza, socavando el estrato superior, más duro, y causando que caiga al mar en grandes bloques. Estos bloques son rápidamente rotos, y desintegrados y depositados como arena a lo largo de la costa. En el presente los restos del templo se extienden, de margen a margen del promontorio, una anchura de, tal vez, cuarenta pies (12.20 m). Esta distancia pronto será cortada, y el punto exterior, que es más ancho y se extiende unos sesenta pies (18.30 m) al sur desde el frente del edificio, pronto será separado. En apariencia la planta original fue simétrica, como se muestra en la fig. 15 [figura 8], donde la línea punteada indica la parte perdida en el mar. No parece improbable que dentro de cien años la ruina y toda la punta habrán desaparecido de la vista para siempre. Sin embargo los últimos cincuenta años han tratado con amabilidad a la estructura, como se aprecia mediante la comparación de la ilustración fotográfica presentada en la lámina III [fotografía 1], con el grabado que presenta Stephens en el volumen I de su Yucatán. La plataforma que sirve de subestructura —una pirámide incipiente— originalmente tenía alrededor de treinta pies (9.15 m) de largo, veinticinco pies (7.63 m) de ancho y de cuatro a seis de alto (1.2 a 1.8 m). Se compone principalmente de

pedras sueltas, tal vez con un poco de mortero, y está recubierta con grandes bloques, algunos de los cuales han sido labrados para que tengan una cara lisa. Varias de estas piezas son grandes, una de ellas cerca de la esquina exterior suroeste mide cinco pies seis pulgadas de largo, tres pies seis pulgadas de alto y más de un pie de ancho. Los estrechos escalones, cinco en número, ascienden al centro de la fachada sur de la plataforma entre muros que se proyectan [se refiere a las alfardas]. La superestructura está situada once pies (3.35 m) atrás del frente de la plataforma y alrededor de un pie de los otros márgenes y tiene a todo su alrededor un escalón de un pie de altura y entre 12 y 20 pulgadas de ancho. La elevación del edificio y la naturaleza de la mampostería y los detalles exteriores se muestran en la fig. 16 [figura 9]. Por referencia a la planta, fig. 15, se podrá ver que la puerta, que es baja y angosta, da acceso a una cámara anterior o vestíbulo a partir de la cual una segunda puerta de carácter similar se abre a una cámara trasera en un punto justamente opuesto a un altar bajo o capilla, marcado con la letra *a*, mientras que las puertas laterales a la derecha y a la izquierda admiten visitantes a los extremos del altar. La apariencia y construcción de todo el interior son claros en la ilustración, fig. 16, donde la plataforma, los pisos estucados y la peculiar mampostería están claramente indicados, y las paredes de las cámaras, los hoyos en la pared, el arco de perfil triangular, las vigas de madera y el altar están dados en sus relaciones y proporciones casi correctas. Es posible que el altar sea de origen español, dado que los conquistadores en ocasiones forzaron a los nativos a hacer cambios en sus templos para adaptarlos al culto cristiano.

Los dinteles son pequeños, vigas de madera redondeadas o parcialmente cuadradas, probablemente de zapote. Hay dos sobre la puerta exterior, tres sobre la puerta central y cuatro sobre la puerta lateral en pie. Pequeños palos sin labrar están incrustados en la mampostería del arco, como si sirvieran para sostenerlo durante su construcción, o para servir como lugares donde colgar cosas. Originalmente eran ocho; cinco se encuentran en su lugar hasta el presente, el que se encuentra a la izquierda y al frente en el dibujo es una restitución. A los lados de la puerta se hicieron agujeros en la piedra, probablemente usados para sujetar cortinas. En la pared sobre el altar hay una pequeña abertura, y otra aparece en la pared oeste. Las paredes están estucadas hasta el arranque del arco, una altura de cuatro pies y medio, por encima de esto no parecen haber estado enjarradas. Las piedras que cierran el arco son lajas de roca caliza, expuestas en unas veinte pulgadas de ancho, y lo suficientemente largas para extenderse alguna distancia dentro de la mampostería a los lados, y con ello amarrando el arco. La cubierta del techo es plana y toscamente estucada, como las paredes exteriores. Toda la altura de la superestructura es de aproximadamente doce pies (3.66 m). Un pequeño agregado al edificio cerca de la esquina sureste se encuentra casi nivelado con el terreno y parcialmente ha caído al mar. Es de construcción posterior al templo principal... (Holmes, 1895: 57-62).

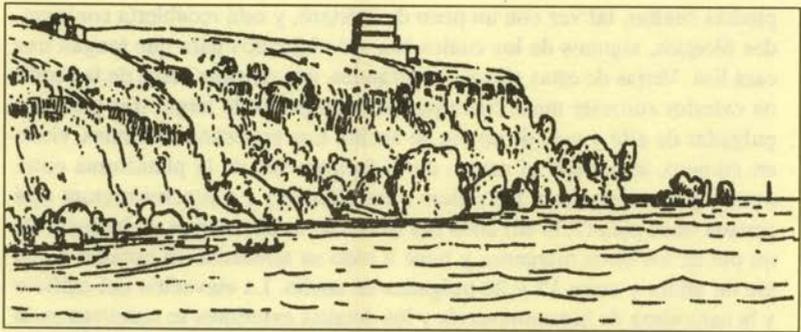


Figura 7. Perspectiva de la planta sur de la isla según Holmes (1895)

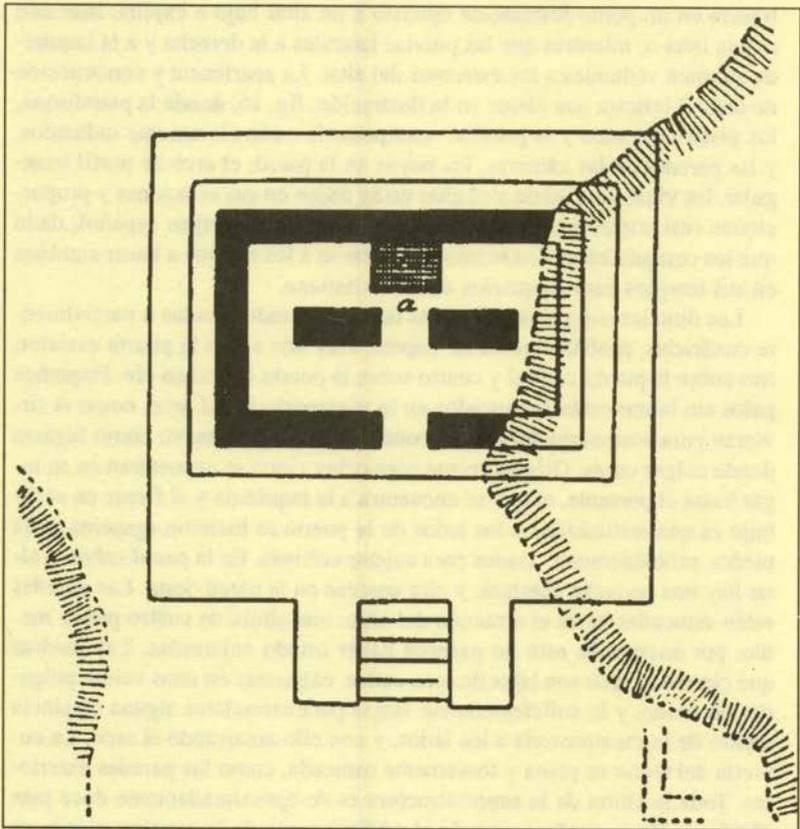


Figura 8. Planta del templo según Holmes (1895)

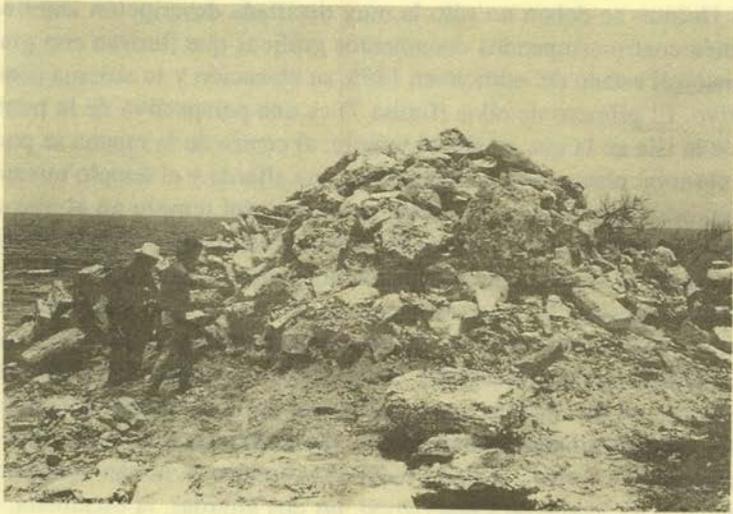
A Holmes se deben no sólo la muy detallada descripción anterior, también cuatro estupendos documentos gráficos que ilustran con gran precisión el estado del edificio en 1895, su ubicación y su sistema constructivo. El primero de ellos (figura 7) es una perspectiva de la punta sur de la isla en la que resalta el templo; al centro de la misma se pueden observar claramente la plataforma, una alfarda y el templo mismo; el segundo (figura 8) es un dibujo en planta del templo en el que se muestra la parte perdida a causa del desmoronamiento del risco; el tercero (figura 9) es un dibujo en sección del templo y de la plataforma en el que se muestran los cuartos interiores, los accesos, el altar y en general el sistema constructivo; finalmente el cuarto documento es una espléndida fotografía (fotografía 1) del templo en la que se le puede observar casi en las mismas condiciones que en la litografía de Catherwood, aunque ya había perdido la cruz que coronaba su fachada. En esta fotografía se aprecia la altura real de la plataforma, no tan exagerada como en la litografía de Catherwood, las dos alfardas, la escalinata, el templo incluyendo la puerta completa, el zócalo que la rodeaba y las dos molduras de la fachada.

En la primera década de este siglo, o quizá un poco antes, Teoberto Maler, ilustre investigador y fotógrafo de las ruinas de la cultura maya, visitó la isla e hizo una fotografía del templo en la punta sur (fotografía 2).

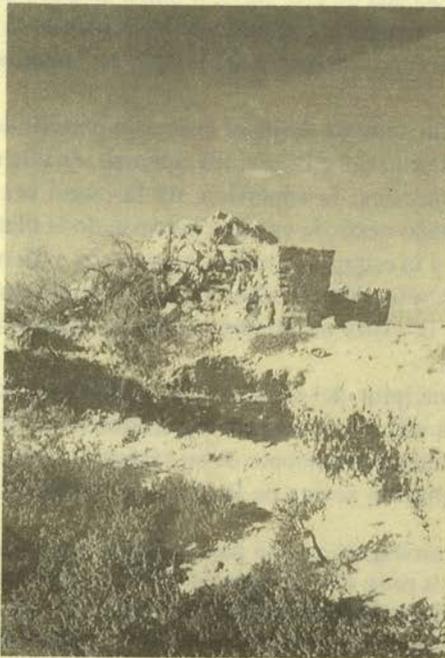
La fotografía fue tomada desde el noroeste; por ello lo que se aprecia es la parte posterior del edificio; sin embargo, en ella es posible distinguir algunos detalles: la superficie de la punta era aún bastante amplia en su costado oeste, la esquina suroeste de la plataforma se encontraba intacta, y la esquina noroeste comenzaba a derrumbarse. Gracias a este testimonio gráfico sabemos que a principios de siglo, 60 años después de la visita de Stephens, aún se conservaba más de la mitad del templo.

También a principios del siglo xx dos viajeros ingleses, Arnold y Frost, visitaron la isla. Ellos también registraron en un libro sus impresiones de viaje, dejaron testimonio de su carácter romántico e imaginativo, y de su desilusión acerca de la isla y del templo en la punta sur.

Nos habíamos arriesgado mucho para visitar la isla; pero arqueológicamente no valió la pena. Fue aquí que en 1517 los españoles vieron por vez primera los edificios de piedra de América Central que tan maravillosos les parecieron a ellos como a nosotros hoy en día. Los historiadores de la Conquista describen un templo de piedra rodeado de árboles frutales y arbustos de dulces esencias, con acceso por medio de escalones bien dispuestos.



Fotografía 11. Costado norte del templo. Julio de 1990



Fotografía 12. restos del templo en julio de 1990. Fachada

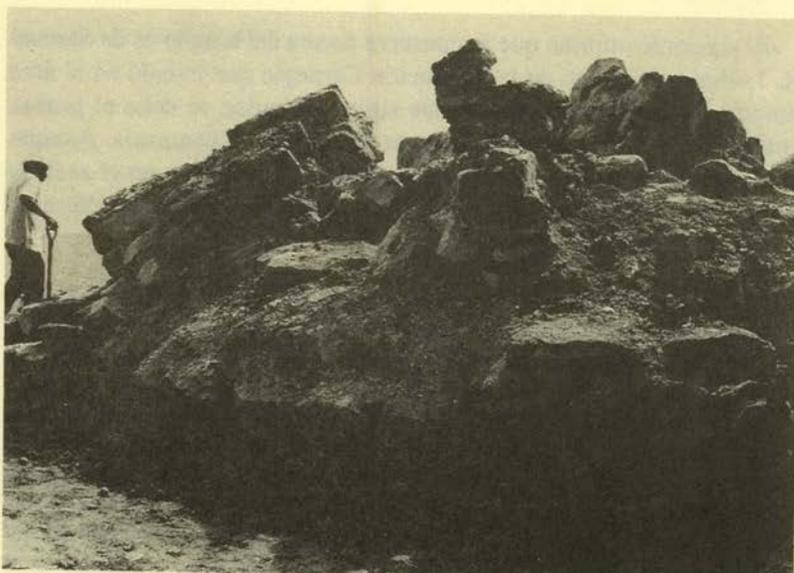
Dentro del templo, el aire era pesado por el olor del incienso que se consumía en vasijas de piedra y de cerámica frente a ídolos femeninos vestidos con enaguas de algodón con sus pechos "cubiertos con decencia". Ante estas imágenes había filas bien ordenadas de mujeres sacerdotisas, que servían en el templo. Por todo ello Córdoba llamó a la isla, Isla de Mujeres. Pero toda esta gloria antigua ha desaparecido. La única villa bordea con sus chozas blanqueadas, y sus puertas pintadas de azul claro o verde, el somero semicírculo de arena que forma el único lugar para anclar de la isleta, detrás de esta fila de casuchas las minúsculas bocacalles se encuentran cubiertas hasta las rodillas con resplandeciente arena de color amarillo pálido. Lejos, hacia el sur, se alarga un erial desierto, seis millas de largo y nunca mucho más de una milla de ancho, de roca y arena, sobre el que trepa una tosca enredadera marina, una planta espinosa aún más tosca y un grupo de palmeras. Sólo en el extremo sur, sobre un risco rocoso se encuentra una reliquia de la gente antigua. Es una estructura sólidamente construida, cuadrada, de unos 18 pies por lado en el exterior, que contiene dos cuartos de 14 x 6 pies cada uno. No hay ornamentación alguna o jeroglíficos en ella, pero afuera, mirando al este (*sic*), hay dos molduras de piedra, como bases para estatuas (se refieren probablemente a las alfardas), sobre las que, según rumores locales, alguna vez estuvieron gigantescas estatuas de mujeres. Cerca del templo se halla un faro español caído en pedazos, que hace contraste con el trabajo indígena bien preservado (Arnold y Frost, 1909: 140-141).

El siguiente informe que se conserva acerca del templo es de Samuel K. Lothrop, miembro de la Institución Carnegie que trabajó en el área durante la segunda década de este siglo, y a quien se debe el primer análisis de la arquitectura de la costa oriental de la península. Aunque su trabajo, considerado clásico, se centró principalmente en el análisis de los restos de Tulum, dejó una breve descripción de la estructura en la punta sur de Isla Mujeres.

El templo principal se encuentra en el borde del risco y un extremo ha caído al mar, que constantemente socava el terreno. El edificio es fácilmente distinguible desde embarcaciones costeras, que con frecuencia pasan cerca de la costa en este punto. Se levanta sobre una plataforma baja, que tiene una ancha cornisa en la parte superior, se asciende por escaleras limitadas por alfardas inusualmente masivas. Holmes comenta sobre el tamaño poco común de los bloques de piedra de la subestructura. La fachada es típica de la Costa Oriental y tiene un panel hundido sobre la puerta y dos molduras, una rectangular y la otra con dos elementos. La naturaleza del interior y el carácter de la bóveda están admirablemente resaltados en el dibujo de Holmes [figura 9]. Los lados de la bóveda son inusualmente planos y están amarrados con vigas de madera. Al momento de la visita de Le



Fotografía 13. Fachada. Se aprecia el muro, caído, de la fachada



Fotografía 14. Costado norte liberado de escombros

Plongeon existía un pequeño altar rectangular cuatro metros al frente de los escalones (Lothrop, 1924: 148-149).

Pocos años después, Thomas Gann, otro reconocido investigador del área maya, visitó Isla Mujeres en una escala de un viaje de trabajo por toda la península. En el libro que contiene su informe hace una extraña pero atractiva mezcla de información de todo tipo: describe la geografía de la isla; proporciona la versión de Bernal Díaz acerca del origen del nombre de la isla junto con las disparatadas versiones de sus compañeros de viaje cuando por primera vez hizo el recorrido entre Nueva Orleans y Belice; hace una simpática descripción del pueblo, de sus autoridades y de sus costumbres; resalta la abundancia de pescado y de tortuga —cuya pesca era prácticamente la única actividad económica—; y finalmente proporciona información detallada acerca de los edificios en la punta sur: al primero de ellos lo encontró prácticamente destruido; del segundo, el templo que es el tema de este trabajo, presenta una fotografía de la parte posterior (fotografía 3) y una descripción que cito a continuación.

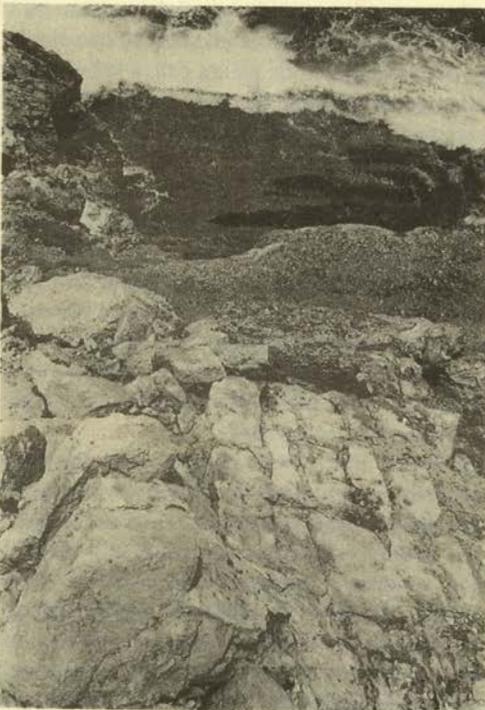
Al llegar a la isla visitamos la punta sur, yendo la mitad del camino en el bote y caminando la otra mitad a lo largo de un camino rocoso que conducía al extremo sur, donde un risco escarpado de piedra caliza sobre el que las olas del Caribe se estrellan perpetuamente para ser rechazadas como grandes masas de hirviente espuma y resaca, forma uno de los lugares más salvajes y pintorescos a lo largo de toda la costa.

En este punto encontramos dos ruinas mayas, ambas de arquitectura del estilo Tulum. Una de ellas casi destruida, ya que muchas de sus piedras han sido removidas para construir un pequeño faro, era un pequeño santuario o adoratorio rectangular del tipo que ya se nos había hecho familiar en la Bahía del Espíritu Santo y en Chacmool. Tenía una puerta en cada lado, estaba sostenido por una columna circular en el centro, y se diferenciaba de otros del mismo tipo sólo en que estaba sobre una base truncada circular recubierta con piedra, con tramos cortos de escalones de piedra que conducían del nivel del suelo a cada puerta.

El segundo edificio, también del típico estilo Tulum, está construido con bloques rectangulares de piedra y recubierto en el interior y el exterior con estuco. Está decorado con dos cornisas, la superior sencilla, la inferior doble. El techo es plano, y el interior está sostenido por el arco maya de saledizo. Un tramo de escalera conduce a una puerta sostenida por columnas, y está dividido en un cuarto exterior y un santuario interior más pequeño. Se encuentra sobre el borde extremo del elevado risco de roca caliza, por el cual ya ha caído la mitad del templo, ya que el mar está constantemente avanzando, y en alrededor de otro siglo el edificio será



Fotografía 15. Fachada liberada de escombros



Fotografía 16. Risco y muro caído de la fachada

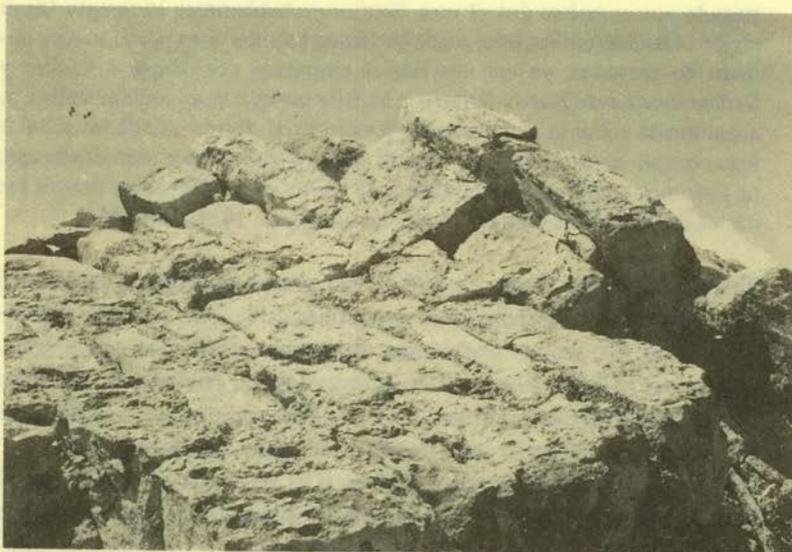
tragado por completo por el mar. Este es probablemente el templo Maya mejor conocido en Yucatán, o por lo menos ha sido visto por el mayor número de personas, ya que los barcos cargueros que viajan a Centro y Sudamérica desde Nueva Orleans y Mobile pasan a unas cuantas millas, y, encaramado sobre la cima de este elevado risco, forma una de las señales más conspicuas a lo largo de toda la costa, y pudo haber sido desde este mismísimo templo que los soldados de Cortés, hace 400 años, tiraron los ídolos de mujeres al mar por el precipicio (Gann, 1924: 145-146).

Treinta años más tarde, en 1957, otro gran arqueólogo mayista, el doctor Alberto Ruz, durante unas vacaciones en la isla, conoció el templo y evaluó los graves problemas de conservación que presentaba. Lo reportó al Instituto Nacional de Antropología e Historia en una nota acompañada de dos fotografías (4 y 5), sugiriendo que de inmediato se interviniera para evitar su total destrucción, pero esto no se hizo.

En las fotografías del doctor Alberto Ruz se puede observar que el costado oeste del templo prácticamente no había resentido el paso de esas tres décadas. Si se compara su fotografía con la de Gann, es interesante notar la gran similitud entre ambas, si acaso se nota que la esquina suroeste comenzaba a perder solidez. En cambio, su fotografía del costado sur del templo, la fachada, muestra un gran deterioro: ya no aparecen en ella la puerta del cuarto anterior, ni la escalera, pero aún se aprecian los restos del muro posterior en poco más de la mitad de su longitud original y las dos alfardas.

Otros 30 años hubieron de pasar para que, en 1986 la arqueóloga Elia del Carmen Trejo (s.f.) elaborara otro proyecto para la restauración del templo, que acompañó con un registro fotográfico detallado de los daños que había sufrido hasta ese momento, y que para la década de los ochenta ya significaban la pérdida de parte del muro posterior (fotografías 6 y 7), la alfarda del lado este (fotografía 8), la esquina noroeste del templo (fotografía 9) y la esquina suroeste de la plataforma. Sin embargo, por razones que desconozco —pero que puedo suponer: falta de recursos presupuestales—, no pudo realizar la intervención que proponía y que seguramente le habría dado al templo una mayor probabilidad de sobrevivir a la fuerza destructora del ciclón Gilberto, que lo derrumbó casi totalmente en septiembre de 1988.

El martes 13 de septiembre de 1988, en sólo cuestión de horas, la fuerza del ciclón Gilberto convirtió el templo en una pila de escombros (fotografía 11). En ella sólo era posible distinguir la alfarda del lado oeste (fotografía 12); tres piedras que habían servido de respaldo



Fotografía 17. Detalle del muro caído de la fachada



Fotografía 18. Plataforma totalmente liberada

a la escalinata; y un par de piedras del revestimiento de la esquina noreste de la plataforma.

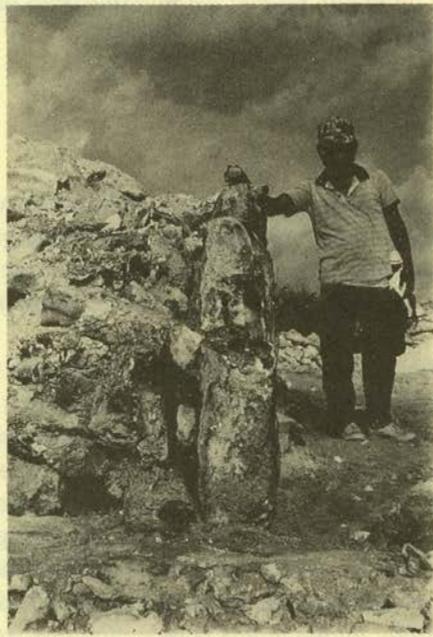
Intervención

La comunidad de Isla Mujeres, interesada en la conservación de su patrimonio cultural y en recuperar un atractivo turístico, propuso al Instituto Nacional de Antropología e Historia la restauración del templo, labor que me fue encomendada y que se realizó entre julio y agosto de 1990.

Después de realizar un registro fotográfico detallado de las condiciones en que había quedado el monumento, se procedió a su exploración. Se comenzó por retirar el escombros de la parte superior de la estructura; de ésta se fueron bajando las piedras sueltas, los trozos pequeños de mampostería y de "firme" de conchas hasta que quedaron expuestos los restos, ya caídos, de parte del muro de la fachada (fotografías 13 y 15), del muro lateral del lado oeste y del muro posterior (fotografía 14). Todos estos restos se derrumbaron hacia el norte, es decir hacia la parte posterior del edificio, lo que indica la dirección que tenían los vientos que acompañaron al huracán al momento del derrumbe.

Una vez expuestos los restos de los muros del templo, mediante una cala de aproximación se ubicó el desplante del muro oeste de la plataforma, que se liberó totalmente. Las piedras del recubrimiento de la plataforma en este costado sólo llegaban a una altura promedio de 60 centímetros (figura 11), y estaban en su mayoría inclinadas hacia afuera a causa del peso que tuvieron que soportar. En este mismo lado de la plataforma el muro no se encontró en toda su longitud, ya que toda la esquina suroeste, desde la alfarda hasta el arranque del muro de la fachada, desapareció completamente al caer al mar (fotografías 12 y 13). Las piedras del recubrimiento de la plataforma localizadas *in situ* bajo el escombros, son las que se encuentran registradas en los dibujos de los alzados de la estructura (figuras 10-12).

A partir de la esquina noroeste, y de un par de piedras que eran visibles en el otro extremo del muro norte, se realizó la liberación de escombros de todo el costado norte de la plataforma (fotografía 14). Tampoco en este caso se encontró el muro en toda su extensión, ya que la esquina noreste también cayó al mar. Los restos *in situ* de este muro alcanzaban una altura ligeramente superior a los del costado oeste, alrededor de 80 centímetros en promedio (figura 12).



Fotografía 19. Detalle del muro norte de la plataforma



Fotografía 20. Costado norte de la plataforma en proceso de restauración

El costado este de la plataforma, como está registrado en la sección de antecedentes arqueológicos, se perdió totalmente hace más de un siglo; lo único que se conservó de este lado de la estructura fue el núcleo de la plataforma formado de piedras sin labrar y tierra.

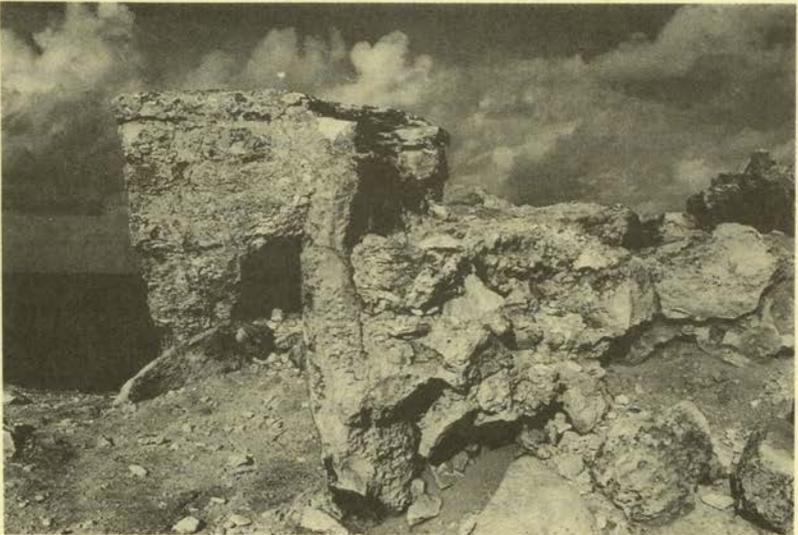
El costado sur de la plataforma, propiamente la fachada, no conservó ninguno de sus dos extremos; sólo quedaron en pie la alfarda del lado oeste y tres losas de piedra colocadas en forma vertical sobre las que se apoyaba la escalinata (figura 10 y fotografía 15). Como el edificio se desplomó hacia su parte posterior, la cantidad de escombros que había en este lado era mínima.

Cuando los cuatro costados de la plataforma estuvieron libres de escombros, se continuó la excavación en la parte superior de ésta con la intención de llegar al nivel del piso para localizar los restos *in situ* del estucado original, y para liberar totalmente los restos caídos de muros e intentar restituirlos en bloque a su posición original. En ninguno de estos casos se tuvo éxito. No se encontró un solo fragmento de estuco del piso en posición, y los restos de los muros, además de caídos, se encontraban fragmentados en varias partes a lo largo de las uniones, ya que el mortero no resistió el impacto de la caída y perdió su adherencia a la piedra. Por ello, pese a que se intentó por medio de palancas levantar y enderezar alguno de los restos de menor tamaño, al hacerlo las piedras se desprendían con facilidad, por lo que la única alternativa viable era registrar la posición de cada piedra, desmontar los fragmentos de muro y rehacerlos usando para ello las mismas piedras, pero sustituyendo el mortero original. En consecuencia, los muros se desmontaron totalmente y se retiró todo el escombros hasta el nivel original del piso; con ello se comprobó que el altar del muro posterior del templo había desaparecido por completo.

Con esto se dio por terminado el proceso de exploración y se procedió a la restauración del edificio. Las piedras de los muros norte y oeste de la plataforma que se encontraron inclinadas hacia afuera fueron enderezadas y colocadas a plomo (fotografía 18), se retiró de sus uniones el mortero original y fue sustituido por otro elaborado a base de sascab, cal y cemento en proporciones 8:2.5:1, respectivamente, que se utilizó a lo largo de todo el proceso de restauración. Para distinguir el mortero prehispánico de la mezcla moderna, y junto con ello la extensión de la intervención, esta última fue aplicada de manera que quedara remetida entre dos y tres centímetros respecto al paño de los muros; además, su superficie fue pulida para que su apariencia fuera agradable y se diferenciara del mortero prehispánico. Para que tampoco contras-



Fotografía 21. Costado oeste de la plataforma ya restaurado



Fotografía 22. Alfarda. Vista lateral

tara visualmente en exceso respecto al color de la piedra, a la mezcla estando aún húmeda, se le aplicó una “pintura” de tierra cernida y agua.

En vista de que el templo se asentaba casi en el filo de los muros este, norte y oeste de la plataforma y estos dos últimos se habían conservado en menos de la mitad de su altura original —la misma que aún se podía observar en la alfarda— se consideró conveniente restituir en toda su altura los segmentos de los muros norte y oeste que iban a soportar la carga de los muros del templo (fotografías 20 y 21). Para ello se utilizó la piedra labrada recuperada del derrumbe y que por su cercanía se puede suponer formaba parte de esos muros. Sin embargo, ni el muro norte ni el oeste de la plataforma se restauraron en su longitud original, se respetó lo que fue encontrado en la exploración, por lo que al muro norte le falta la esquina noreste y al del oeste la esquina sur-oeste.

Habiendo alcanzado los costados norte y oeste de la plataforma su altura original, toda su superficie fue nucleada, es decir se aplicó la mezcla de la que ya se hizo mención en todas las uniones entre las piedras del núcleo original del basamento, con objeto de no permitir que ninguna de ellas pudiera deslizarse fuera de su sitio. Cabe hacer mención de que la altura del núcleo no es uniforme; mientras que en el lado oeste se conservó casi completa, hacia el lado este, por donde comenzó la destrucción del templo, baja en un declive suave hasta llegar al nivel del suelo.

Una vez consolidada la plataforma se procedió a levantar los muros norte, oeste y sur del templo. Para ello se restituyeron las piedras de los fragmentos de muro que habían sido recuperadas en la exploración, y que fueron recolocadas en el sitio aproximado que habían ocupado. Para poderle dar continuidad a los muros y no restituir sólo fragmentos aislados, se aprovecharon además otras piedras provenientes del escombros.

El muro sur, la fachada, se reconstruyó casi a la mitad de su longitud original, sin incluir el marco de la puerta que ya se había perdido antes de la destrucción del templo por el huracán. En vista de que el muro frontal que se encontró derrumbado aún conservaba los restos de la moldura inferior (fotografías 16 y 17), se le restituyó la altura correspondiente incluyendo los dos elementos de la moldura: el superior de sección cuadrada y el inferior de sección triangular (figura 10; fotografías 24 y 25).

Los muros norte y oeste se restituyeron a una altura menor: el muro posterior del templo tiene actualmente sólo 85 cm de altura, y el lateral

tiene un declive que permite unir la fachada, más alta, con el muro posterior, más bajo (figuras 11 y 12; fotografía 26).

La reconstrucción de los muros del templo se hizo respetando el sistema de construcción original, en el que cada hilada estaba formada por dos líneas paralelas de losas de piedra unidas con mortero, y con piedras más pequeñas que rellenaban los huecos entre las losas.

Una vez que los muros estuvieron reconstruidos, se les rodeó en su parte externa con el zócalo o pequeño "escalón" que originalmente tuvo el templo (figuras 10-12; fotografías 25 y 26). En la esquina noroeste de este zócalo se dejó una inscripción sobre una pequeña placa de cemento con la leyenda INAH 1990, para dejar constancia de la intervención y de la fecha de su realización.

La alfarda (figura 13), aunque en mejores condiciones que el resto del edificio, también requirió alguna intervención. Los deterioros más importantes que presentaba eran dos: pérdida de material en su base, en la que se habían formado dos agujeros, uno en cada costado (fotografía 22); y su interior estaba expuesto por la parte posterior (fotografía 23), ya que se perdió el material de la plataforma sobre la que se apoyaba. Los agujeros en los costados de la base fueron rellenados completamente con piedras y mezcla; y su parte posterior fue unida y ligada al núcleo de la plataforma. El estuco que recubre la alfarda, muy intemperizado por los efectos del agua, el viento y la sal, da la apariencia —por cierto muy agradable a la vista— de estar carcomido; en términos generales se encontró en buenas condiciones, y lo único que se le hizo fue ribetearlo en aquellos lugares donde se había roto, para impedir que se siguiera desprendiendo.

Al este de la alfarda fueron consolidados los tres bloques de piedra que se encontraron asentados en forma vertical, que marcaban el límite de la plataforma y sobre los que originalmente se apoyó la escalinata; en este caso sólo fue sustituido el mortero prehispánico por la mezcla moderna.

Al llegar a este punto se dio por terminada la intervención, aunque quedaron algunos detalles pendientes; sin embargo, en ese momento el tiempo y los recursos disponibles se agotaron.

Los aspectos de la restauración que se dejaron pendientes, y que de ninguna manera ponen en peligro la conservación del monumento, fueron tres: el piso, el muro interior que dividía a los dos cuartos del templo, y las bóvedas que los cubrían.

La intención original era colocar un preparado de cal y sascab por encima del núcleo de la plataforma para restituir al templo un piso, que

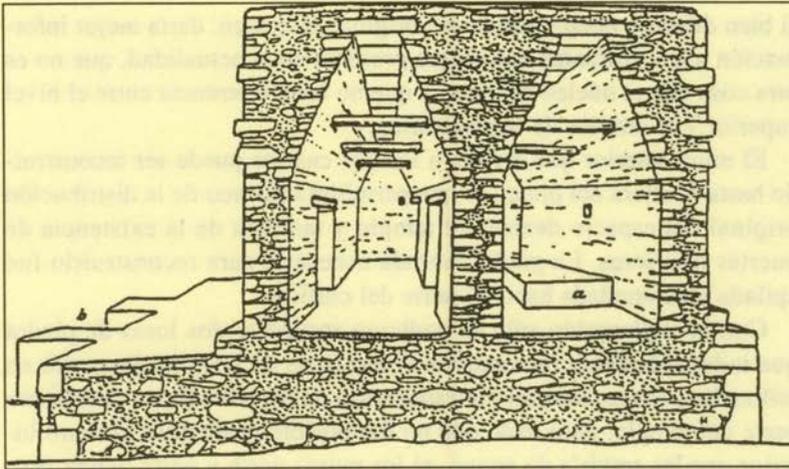


Figura 9. Sección del templo según Holmes (1895)

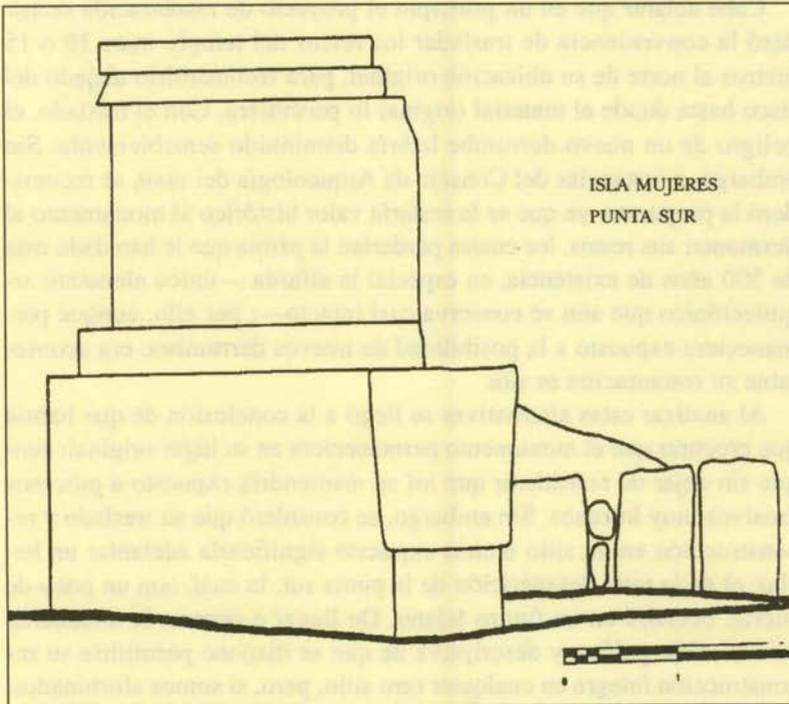


Figura 10. Alzado de la fachada (lado sur)

si bien diferiría notablemente del original de estuco, daría mejor información a los visitantes que el que presenta en la actualidad, que no es otra cosa que el núcleo aparente y que no hace diferencia entre el nivel superior y el interior de la plataforma.

El muro interior que dividía a los dos cuartos puede ser reconstruido hasta la altura del dintel, lo que permitirá informar de la distribución original del espacio dentro del templo y también de la existencia de puertas interiores. La piedra labrada necesaria para reconstruirlo fue apilada y acomodada hacia el norte del edificio.

Con la exploración sólo se pudieron recuperar dos losas de piedra que indudablemente funcionaron como tapas de bóveda. Se pensó en utilizarlas para reconstruir un tramo corto de las bóvedas en el extremo oeste del templo, pero dado que no fue posible reconstruir el muro interior que les serviría de apoyo, ni los muros norte y oeste tienen ahora la altura suficiente para recargar las bóvedas en ellos, se decidió posponerlo hasta tener la oportunidad de otra temporada de trabajo.

Cabe aclarar que en un principio el proyecto de restauración consideró la conveniencia de trasladar los restos del templo unos 10 o 15 metros al norte de su ubicación original, para reconstruirlo alejado del risco hasta donde el material original lo permitiera. Con el traslado, el peligro de un nuevo derrumbe habría disminuido sensiblemente. Sin embargo, a instancias del Consejo de Arqueología del INAH, se reconsideró la propuesta, ya que se le restaría valor histórico al monumento al desmontar sus restos, los cuales perderían la pátina que le han dado más de 500 años de existencia, en especial la alfarda —único elemento arquitectónico que aún se conserva casi intacto—; por ello, aunque permaneciera expuesto a la posibilidad de nuevos derrumbes, era aconsejable su restauración *in situ*.

Al analizar estas alternativas se llegó a la conclusión de que habría que procurar que el monumento permaneciera en su lugar original, aunque sin dejar de considerar que así se mantendría expuesto a procesos erosivos muy intensos. Sin embargo, se consideró que su traslado y reconstrucción en un sitio menos expuesto significaría adelantar un hecho: el de la total desaparición de la punta sur, la cual, con un poco de suerte, ocurrirá en un futuro lejano. De llegar a ocurrir, la abundante información gráfica y descriptiva de que se dispone permitiría su reconstrucción íntegra en cualquier otro sitio, pero, si somos afortunados, los procesos erosivos se mantendrán a un ritmo lento que permitirá conservar el templo de la punta sur por mucho tiempo más.

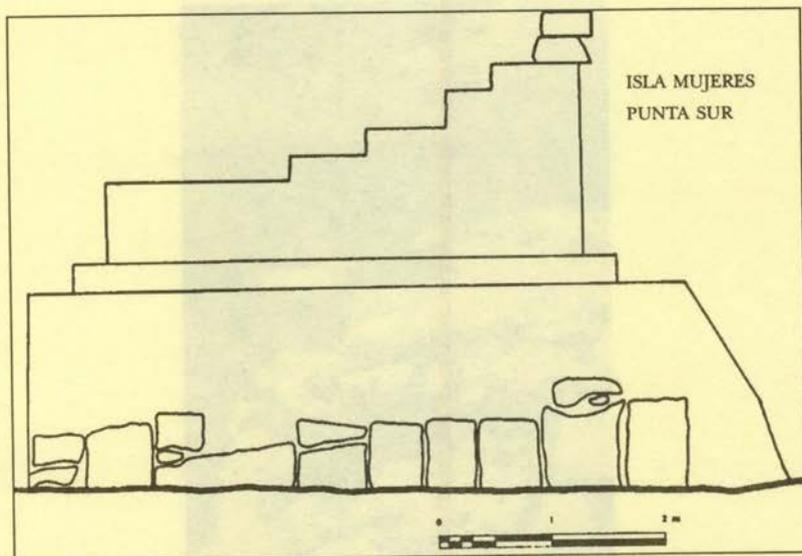


Figura 11. Alzado, lado oeste

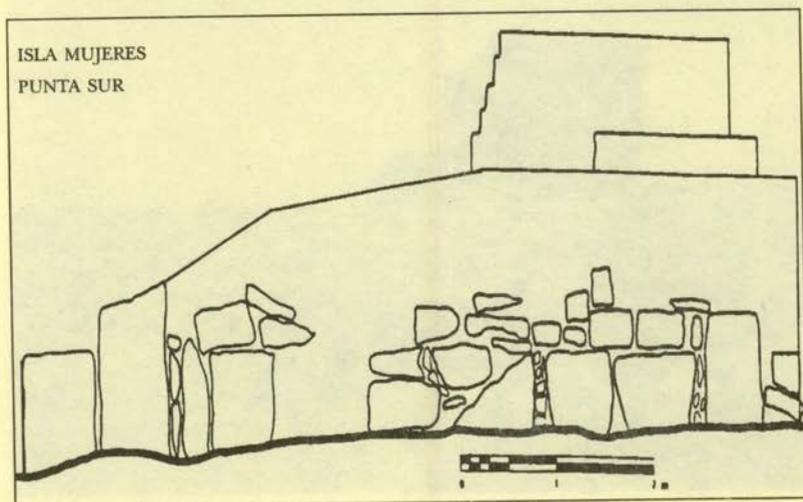


Figura 12. Alzado, lado norte



Fotografía 23. Alfarda. Vista posterior



Fotografía 24. Fachada. Aspecto final de la restauración

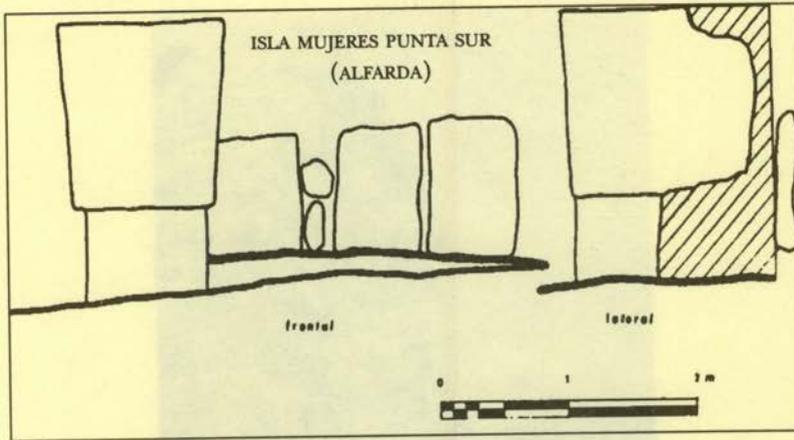


Figura 13. Alfarda. Alzados

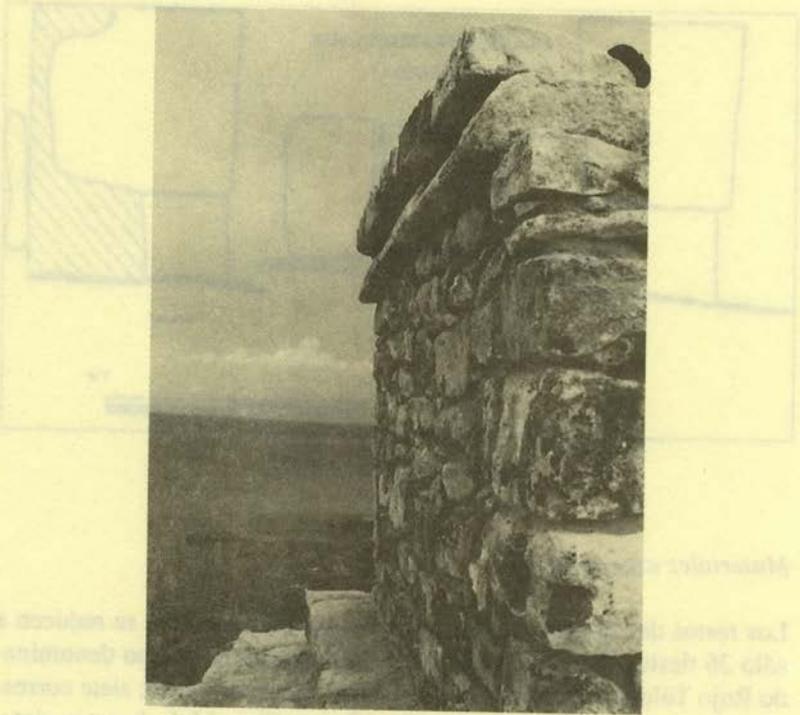
Materiales arqueológicos

Los restos de cerámica recuperados fueron muy escasos; se reducen a sólo 26 tiestos. La mayoría de ellos (15) pertenecen al tipo denominado Rojo Tulum o Payil; otro más, del tipo Paalmul Inciso; siete corresponden a fragmentos de incensario del tipo Chen Mul; de estos siete, tres son representaciones incompletas de pies humanos; dos tiestos más son del tipo Cehac Hunacté; y el último pertenece probablemente al tipo Chancenote Estriado. Todos ellos fueron recuperados del costado norte de la plataforma en un contexto alterado, ya que se encontraron mezclados con los restos, mucho más abundantes, de teja de barro de manufactura francesa. Al parecer esta teja era transportada como lastre en los barcos que arribaban a la costa de Quintana Roo a principios del siglo xx (María José Con, comunicación personal). Aunque no se recuperó ninguna teja completa, a partir de varios fragmentos se pudo reconstruir un letrero en relieve que presentan en la parte superior y que dice:

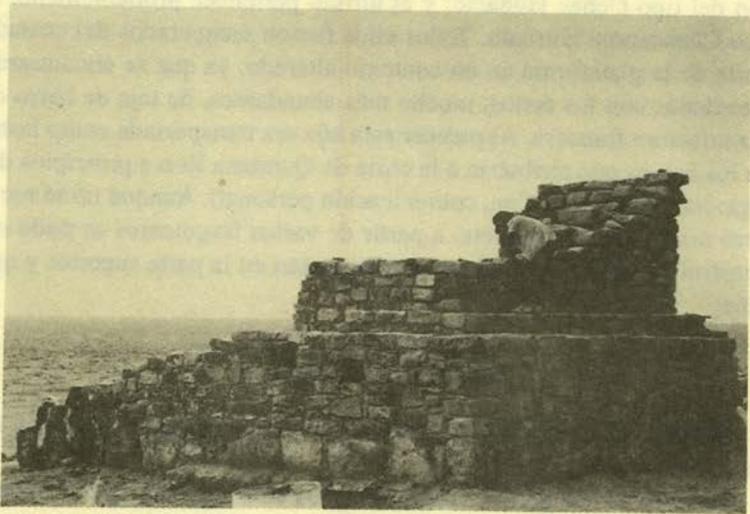
CUICHARD CARVIN & C...
MARSEILLE ST. ANDRE

Además, en el extremo superior izquierdo, ostentan el dibujo en relieve de una abeja.

También se recuperó de abajo del muro de la fachada, que se encontraba caído, en un contexto probablemente también alterado, un prisma



Fotografía 25. Fachada. Detalle del "zócalo" y la moldura



Fotografía 26. Costados norte y oeste. Aspecto final de la restauración

hexagonal de cristal de roca de 7.4 cm de largo por 2.7 cm de ancho. Tiene un extremo terminado en punta y el otro sin trabajar; las caras del prisma muestran en sentido transversal huellas del corte de la pieza. Su apariencia se asemeja a la de los núcleos de obsidiana de los que se obtenían navajas prismáticas, pero sin talón. Probablemente sea prehispánico, pero es difícil asegurarlo basándose solamente en el contexto en que fue hallado.

Agradecimientos: A Alfredo Barrera Rubio, quien amablemente me proporcionó una copia de la fotografía de Teoberto Maler. A mis compañeros albañiles y peones de Oxkutzcab, Yucatán, especialmente a Diego Puc Puc; ellos fueron quienes, con pala, pico y cuchara, restauraron el templo. A mis amigos del Centro Regional de Quintana Roo: Luis Leyra, Sara Novelo, Enrique Terrones, y en particular a María José Con.

Bibliografía

- ARNOLD, Channing, y F. J. T. FROST
1909 *The American Egypt: a Record of Travel in Yucatan*, Doubleday, Page & Company, Nueva York.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal
1974 *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, Editorial Porrúa, México (Colección Sepan Cuantos, 5.)
- DÍAZ DE SOLÍS, Juan
1979 "Itinerario de la Armada del Rey Católico a la isla de Yucatán, en la India, en el año de 1518, en la que fue por comandante y Capitán General Juan de Grijalva, escrito para su alteza por el Capellán Mayor de dicha armada", en Lorena Careaga Vilisied (editora), *Lecturas básicas para la historia de Quintana Roo*, Fondo de Fomento Editorial del Gobierno del Estado de Quintana Roo, Chetumal, tomo II, pp. 43-56.
- GANN, Thomas W.
1924 *In an Unknown Land*, Charles Scribner's Sons, Nueva York.
- GÓMARA, FRANCISCO LÓPEZ DE
1985 *Historia general de las Indias. Conquista de México*, segunda parte, Ediciones Orbis, Barcelona.
- HOLMES, William H.
1895 *Archaeological Studies Among the Ancient Cities of Mexico*, An-

- thropological Series, vol. 1, núm. 1, Chicago. (Field Columbian Museum, publ. 8.)
- LANDA, fray Diego de
1978 *Relación de las cosas de Yucatán*, 11ª edición, Editorial Porrúa, México. (Biblioteca Porrúa, 13.)
- LE PLONGEON, Alice
1889 *Here and There in Yucatan*, John W. Lovell Company, Nueva York.
- LOTHROP, Samuel K.
1924 *Tulum: an Archaeological Study of the East Coast of Yucatan*, Carnegie Institution of Washington. (Publ. 335.)
- Relaciones histórico-geográficas de la Gobernación de Yucatán*,
1983 UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Mayas, México. (Serie Fuentes para el Estudio de la Cultura Maya, 1.)
- RUZ, Alberto
1957 Informe inédito en el Archivo del Consejo de Arqueología del INAH.
- SALISBURY, Stephen Jr.
1879 *Terra Cotta Figure from Isla Mujeres. Northeast Coast of Yucatan*, Press of Charles Hamilton, Worcester.
- STEPHENS, John L.
1963 *Incidents of Travel in Yucatan*, 2 vols., Dover Publications, Nueva York.
- TREJO, Elia del Carmen
s.f. Estructura prehispánica en Isla Mujeres, Informe de Inspección, mecanoscrito en el Archivo del Centro Regional de Quintana Roo del INAH.
- WARD, W. C., A. E. WEIDIE y W. BACK
1985 *Geology and Hidrogeology of the Yucatan and Quaternary Geology of Northeastern Yucatan Peninsula*, Nueva Orleans Geological Society, Nueva Orleans.